

sin ponzoña ó pestilencia,  
 proponga hacerme algún bien  
 y no vivirá hora y media;  
 y á tanto vino á llegar  
 la adversidad de mi estrella,  
 que me inclinó que adorase  
 mi humildad á tu soberbia;  
 y viendo que mi desgracia  
 no dió lugar á que fuera  
 como otros tu pretendiente,  
 vino á ser tu pretenmuela.—  
 Aquesto Fabio contaba  
 á los balcones y rejas  
 de Aminta, que aun de olvidar  
 han dicho que no se acuerda.

✦ IV

(De D. Francisco de Quevedo)

—Padre Adán, no lloréis duelos;  
 dejad, buen viejo, el llorar,  
 pues que fuisteis en la tierra  
 el más dichoso mortal.  
 de la variedad del mundo  
 entrastes vos á gozar  
 sin sastres ni mercaderes,  
 plagas que trujo otra edad.  
 Para daros compañía  
 quiso el Señor aguardar  
 hasta que llegó la hora  
 que sentistes soledad.  
 Costóos la mujer que os dieron  
 una costilla, y acá  
 todos los huesos nos cuestan,

aunque ellas nos ponen más.  
 Dormistes, y una mujer  
 hallastes al despertar,  
 y hoy, en durmiendo un marido,  
 halla á su lado otro Adán.  
 Un higo solo os vedaron,  
 sea manzana si gustáis;  
 que yo para comer una  
 Dios me lo había de mandar.  
 Tuvistes mujer sin madre,  
 ¡grande suerte y de envidiar!  
 gozastes mundo sin viejas  
 ni suegrecita inmortal.  
 Si os quejáis de la serpiente  
 que os hizo á entrambos mascar,  
 ¡cuánto es mejor la culebra  
 que la suegra, preguntad!  
 La culebra, por lo menos,  
 os da á los dos que comáis;  
 si suegra fuera, os comiera  
 á los dos, y más y más.  
 Si Eva tuviera madre,  
 como tuvo á Satanás,  
 comiérase el paraíso  
 no de un pero la mitad.  
 Las culebras mucho saben,  
 mas una suegra infernal  
 más sabe que las culebras:  
 así lo dice el refrán.  
 Llegáos á que aconsejara  
 suegra de este temporal  
 comer un bocado solo,  
 aunque fuera rejalgar.  
 Consejo fué del demonio  
 que anda en ayunas lo más;  
 que las Suegras, de un almuerzo



la tierra engullen y el mar.  
 ¡Señor Adán! menos quejas,  
 y dejad el lamentar;  
 sabé estimar la culebra,  
 y no la tratéis tan mal;  
 y si gustáis de trocarla  
 á suegras de este lugar,  
 ved lo que queréis encima;  
 que mil os la tomarán.—  
 Esto dijo un ensuegrado  
 llevándole á conjurar,  
 para salir de la suegra,  
 un cura y un sacristán.

+ V

(De Don Francisco de Quevedo)

El que quisiere saber  
 de algunos amigos muertos,  
 yo daré razón de algunos,  
 porque vengo del infierno.  
 Allá queda barajando  
 el que supo allá más cierto  
 á cuántos venía su carta,  
 como si fuera correo.  
 Al bajar un par de lindos,  
 quedaron los diablos ciegos;  
 porque los lindos son tales,  
 que el diablo no puede vellos.  
 Por sacar á su mujer  
 dicen que lloraba Orfeo;  
 y él me dijo, como amigo,  
 que entró por verla allá dentro.  
 Un mal casado pedía

que su mujer fuése al cielo,  
 por estar allá seguro  
 de que no le pida celos.  
 Un letrado y su mujer  
 penan contrarios efectos,  
 él por su mal parecer,  
 y ella por tenerle bueno.  
 Por engaños en los dotes  
 penan allá muchos suegros,  
 porque al casar de las hijas  
 daban forzados los nietos.  
 Casadas hay porque dejan  
 los hijos por herederos  
 de la hacienda del marido,  
 que no es padre, sino deudo.  
 No sólo los corcovados  
 sirven de soplar el fuego,  
 sino sus padres también,  
 por lo que hicieron mal hecho.  
 Los trajes que acá se quitan  
 sirven allá de usos nuevos;  
 y así traen todos los diablos  
 azul, guedejas y petos.  
 Hay doncellas camarines  
 por el barro que comieron,  
 que, como otras por obras,  
 se condenan por deseos.  
 De sólo los escribanos  
 no traigo conocimiento,  
 porque cuando van de acá  
 bajan demonios profesos.  
 Los médicos pasocortos  
 bajan allá tan corriendo,  
 que parece que postean  
 la vida de sus enfermos.  
 Quien tuviere conocidos,



escribirles puede luégo ;  
que un sastre que está espirando  
será mensajero cierto.

X VI

(De Don Francisco de Quevedo)

¡ Á los moros por dinero,  
y á los cristianos de balde !  
¿ Dónde vive esa mujer ?  
Digásmelo tú, el romance,  
pues con mi fe de bautismo  
ando bebiendo los aires,  
y á todas se las antoja  
que es mi sombrero turbante.

VII

Sátira á diversas cosas

(De Don Jacinto Alonso de Malvenda)

Boca de todas verdades  
me llaman cuantos me ven :  
todo cuanto sé publico,  
y aun aquello que no sé.  
Á los poetas no pida  
la que sabia quiere ser,  
porqu'es sacarles dinero  
poner una lanza en Fez.  
Diez galanes para el plato  
suele una hembra tener ;  
y hace muy bien, porque uno  
no da lo que darán diez.

De calidad del maná  
es de un letrado la ley,  
pues cuando le dan dinero  
sabe á cuánto quiere él.  
Invisible y enfadosa  
sin duda es la doncellez,  
pues en los tiempos de ahora  
ninguno la puede ver.  
De modo el vino bautiza  
un tabernero cruel,  
que al beber su vino aguado  
dos saltos ví dar á un pez.  
Una viejona arrugada,  
archivo de la vejez,  
de alfombra puede servir  
á los piés de San Miguel.  
Hoy acuden las mujeres,  
por vestir y por comer,  
á las bolsas donde hay mosca,  
como moscas á la miel.  
Aposento en la comedia,  
porque la vean más bien,  
toma Celia, y á la noche  
no tiene para un pastel.  
Desde que de juncos se usan  
las varas, veo torcer  
la justicia, y hay Caín  
alguacil de bolsa, Abel.  
Del nacimiento en el auto  
marido hay que puede hacer  
de los dos papeles mudos  
el más paciente papel.  
Á los calzones las ligas  
llegan á todo correr ;  
y muy presto en la ropilla  
sospecho que las veré.



Que haya espadas del perrillo,  
señores, muy justo es;  
pero si es muerto, aun la espada  
lo sentirá, que es mujer.  
Cosas de más importancia  
en otra ocasión diré,  
si me da lugar el vulgo  
loco, insensato y novel.

X VIII

(Anónimo)

Agora que estoy de espacio  
cantar quiero en mi bandurria  
lo que en más grave instrumento  
cantara, mas no me escuchan.  
Arrímense ya las veras,  
y celébrese las burlas,  
pues da el mundo en niñerías,  
al fin, como quien caduca.  
Libre un tiempo y descuidado,  
Amor, de tus garatusas,  
en el coro de mi aldea  
cantaba mis aleluyas.  
Con mis perros y mi hurón,  
y mis calzas de gamuza,  
por ser recias para el campo,  
y por guardar las velludas,  
fatigaba el verde suelo  
que mil arroyuelos cruzan  
como sierpes de cristal  
entre la yerba menuda,  
ya cantando orilla el agua,  
ya cazando en la espesura,

del modo que se ofrecían  
los conejos con las murtas.  
Volvía de noche á casa,  
dormía á sueño y soltura,  
no me despertaban penas,  
mientras me dejaban pulgas;  
y en la botica las tardes  
me daba muy buenas zurras  
del trunfo, con el Alcalde,  
del ajedrez, con el Cura.  
Gobernaba de allí el mundo,  
y daba á soplos ayuda  
á las católicas velas  
que el mar de Bretaña sulcan;  
y hecho otro nuevo Alcides  
trasladaba sus columnas  
de Gibraltar al Japón  
con el segundo *plus ultra*.  
Daba luégo vuelta á Flandes,  
y de su guerra importuna  
atribuía la palma  
á la fuerza y á la industria;  
y con el Beneficiado,  
que era doctor por Osuna,  
sobre Antonio de Lebrija  
teníamos mil disputas.  
Argüíamos también  
metidos en más honduras,  
si se podían comer  
espárragos con la bula.  
Veníame por la plaza,  
y de paso vez alguna  
para mí llevaba pollos,  
para mis vecinas plumas.  
Comadres me visitaban,  
que en el pueblo tenía muchas:



ellas me llaman compadre,  
 y taita sus criaturas ;  
 y cuando se me ofrecía  
 caminar á Extremadura,  
 entre las más ricas d'ellas  
 me daban cabalgadura :  
 lavábanme ellas la ropa,  
 y en las obras de costura  
 ellas ponen el dedal,  
 y yo les prestaba agujas :  
 á todas quería bien,  
 con todas tenía ventura ;  
 porque á todas igualaba  
 como tijeras de mula.  
 Esta era mi vida, Amor,  
 antes que las flechas tuyas  
 hicieran en mi terrero  
 y blanco de desventura.  
 Enseñásteme, traidor,  
 la mañana de San Lucas  
 un rostro como de almendro,  
 ojos garzos, trenzas rubias :  
 tales eran trenzas y ojos,  
 que tengo por muy sin duda  
 que cayera en tentación  
 un viejo con extrangurria.  
 Desde entonces acá sé  
 que matas y que aseguras ;  
 que das en el corazón,  
 y que á los ojos apuntas.  
 Sé que nadie se te escapa,  
 pues cuando más de ti huya  
 no hay vara de inquisición  
 que así halle á quien tú buscas.  
 Sé que tu guerra es civil,  
 y sé que es tu paz de Judas,

que aguardas para batalla,  
 y que llamas para justas.  
 Sé que te armas de diamantes  
 y nos das lanzas de juncia ;  
 y para arneses de vidrio  
 espada de acero empuñas.  
 Sé que para el bien te duermes,  
 y que para el mal madrugas ;  
 que te sirves como grande,  
 y que pagas como mula.  
 Perdona pues mi bonete ;  
 mira que te descomulga :  
 levanta el arco, y revuelve  
 de tus saetas las puntas  
 contra los que sus juicios  
 significan bien sus plumas,  
 mas con los que ciñen armas,  
 bien callas y disimulas :  
 de gallina son tus alas :  
 véte para hideputa.

+ IX +

(Anónimo)

Hizo calor una noche,  
 tan grande y tan insufrible,  
 que me sacó de mi casa  
 después de dados maitines.  
 Acompañóme un amigo  
 de amistad sincera y firme,  
 á quien para en paz y en guerra  
 yo no trocara por quince.  
 Íbamos los dos cantando  
 con voz medrosa y humilde,